

Alejandro Aguilar Machado

El Lic. Alejandro Aguilar Machado, quien murió el miércoles pasado, abarca varias generaciones, sobre las que dejó impresa su personalidad de educador, y varios capítulos de la historia patria en que tuvo una participación señalada. Hombre de lúcido entendimiento y de gran cultura humanista y filosófica, fue casi una constante a través de su larga vida, en el marco de nuestra cultura. Como suele acontecer en Costa Rica con nuestras figuras más egregias, su vocación genuina fue la de maestro, igual que Omar Dengo y tantos otros educadores a quienes debemos, más que a nadie, nuestra democracia.

Don Alejandro fue un apasionado de la historia. Sentía la historia como una epopeya viva del hombre y esa pasión la desahogó en sus lecciones magistrales en el Liceo de Costa Rica, en el Colegio San Luis Gonzaga y en la Universidad, en que tomaba ardientemente partido por esta o la otra figura, por este o el otro movimiento de la historia europea o de la nuestra. No fue un historiador en el riguroso sentido de la palabra, sino, como Cicerón, un orador elocuente y erudito que describía con asombrosa pasión y exactitud los pormenores de las épocas pasadas más convulsas de la humanidad y de los costarricenses.

Esta pasión por la historia que iluminó toda su vida a la par de su vocación de maestro y formador de generaciones, no le impidió ser protagonista de varios capítulos importantes de nuestra historia republicana. No fue, pues, don Alejandro, un teórico contemplativo de la esce-

na nacional, sino un protagonista ardiente, que en muchos casos no eludió su participación activa en momentos cruciales para el país.

Escritor, conferenciante, orador y maestro, don Alejandro Aguilar Machado dejó en el corazón de varias generaciones, por un período de casi medio siglo, una permanente imagen de la dignidad, de la hombría de bien y del valor ciudadano.

Sus discursos sobre capítulos enteros de nuestra historia iluminaban los hechos narrados de tal manera, que parecía estarlos viviendo de nuevo. En un perfecto estilo castelariano, sabía darle a su oratoria la tónica adecuada en cada caso para lograr así una comunicación integral y vivida con su auditorio.

Fue uno de nuestros grandes intelectuales, críticos y protagonistas de nuestra historia de fines de siglo pasado y comienzos del presente. Un hombre severo, patriota, con una estricta filosofía de la vida, siempre pulcro, elegante y fiel a su época, a su formación y a su destino.

Su obra fue su vida, más que sus libros. En realidad no tuvo tiempo de escribir mucho, porque prefirió ser un protagonista de la historia que se escribía en sus mejores tiempos, que un simple narrador. Su presencia llenó, por ello, las aulas de los colegios, los ambientes académicos, las más altas esferas del poder político, y los ateneos de la vida intelectual del país. Fue un costarricense apasionado y el más apasionado observador, crítico y protagonista del drama costarricense.